

LOA A GUERRERO MALAGÓN

RUFINO MIRANDA CALVO

Correspondiente

Excmas. Autoridades, Señores Académicos, Señoras y Señores:

Escasas ocasiones como la de esta tarde, se presentan en el devenir de una vida humana. Es éste, uno de los insólitos sucesos, gozosos, que nos depara la mediocridad del vivir cotidiano, es un acontecimiento singular debido a la mezquindad y miseria de los tiempos en que vivimos. Un hombre fiel a sus raíces, a sus ataduras atávicas, que entrega a sus lares la obra de una vida; y a la nobleza del gesto corresponden con esplendidez y largueza al mismo un pueblo encarnado en la Real Cofradía.

Hoy, pues, es un acto que todos los presentes nos podemos sentir orgullosos de pertenecer a la raza humana.

Para todos, es hoy un honor y un privilegio el estar esta tarde aquí, para mí también, y además, es un deber gozoso, no ya por los sentimientos de admiración al artista, sino por los vínculos de un recíproco cariño familiar, entre Mariano y los suyos, y mi familia, desde el primer momento en que llegó a Toledo.

Y a esta amistad entrañable a través de tantos años y tantas vicisitudes le corresponde mi humilde homenaje, por eso os ruego, que perdonéis mi palabra torpe y mis conceptos desaliñados, porque lo que habla es el corazón y no la boca.

Amores compartidos. En la sangre tu Urda natal, y en el tuétano Toledo. Desde el primer momento que pisaste los guijarros toledanos, tu pupila y tu pensamiento quedaron subyugados por el embrujo de la ciudad, a la que desde entonces llamarías para siempre "Mi Toledo".

Se ha dicho para esta gozosa coyuntura, “que hogaño tu has puesto la reliquia y tus paisanos han preparado el relicario”, yo digo que antaño Urda puso el pedernal y Toledo el eslabón y de la conjunción fatal e inevitable saltó la chispa del genio. *

El estudiante adolescente que en el aula de D. Enrique Vera, ocupaba un rincón distanciado, con su habla ruda y modales rústicos va a quedar ensartado en el garabato de la ciudad, fascinado por su arte y convertirse en uno de sus claros varones.

Marañón, tu amigo, te conocía bien y hace muchos años en tus balbuceos artísticos te definió certeramente: “Es un adolescente, sus manos vacías, cetrino y melancólico. Sus sueños, su tesoro, su lenguaje misterioso y sorprendente”.

Los versos de Santos Chocano, parece que están escritos para esta ocasión:

Quien vive deprisa, no vive de veras
 quien no hecha raíces, no puede dar fruto.
 Ser río que corre, ser nube que pasa
 sin dejar recuerdo ni rastro ninguno
 es triste; y más triste para quien se siente
 nube en lo elevado, río en lo profundo.

En el último verso está condensada toda la vida de Mariano Guerrero Malagón. Nube en lo elevado, río en lo profundo.

Supera la mueca amarga de la vida, elevándose en sus ensoñaciones oníricas, y se refugia en los oscuros recovecos de su alma para gestar sus composiciones en lo profundo del silencio y la soledad.

Gracias al esfuerzo de la Real Cofradía de la Vera Cruz, una parte sustancial de su obra cuelga en los muros de este nuevo Museo. Lienzos que se han ido germinando en un inenarrable Viacrucis. Unos en la incomodidad, otros con angustias, casi todos con la incomprensión y penuria de los que se llamaban entendidos, y que hoy proclaman a los cuatrovientos que en ellos palpita el soplo de la genialidad.

Desde la humilde vivienda del Callejón del Potro, cansado del quehacer cotidiano, mientras Esperanza preparaba el parco yantar allí mismo cabe el fogón de la cocina, incansable, surgían dibujos y escorzos, a veces, en amigable coloquio con Benjamín Palencia.

Después vinieron las abandonadas naves de la iglesia de San Lucas; en los atardeceres tibios y dorados del otoño toledano, en la albura de las naves encaladas, bajo los arcos de herradura, resurgían los fantasmas de los mozárabes, y plasmabas tantos y tantos lienzos, entre otros “El Cristo roto” y la “Danza en el Corralillo”.

En las pausas del trabajo desde el jardincillo contemplábais en pláticas inolvidables, el abrupto peñasco del Bu y la ermita del Valle, posada como paloma zurita, en el repecho de la loma, con el siempre admirado Marañón, Sánchez Cantón y el Marqués de Lozoya.

Pero en tus momentos de clausura en el misterio de la soledad, percibías los cánticos de la Salve, y la sombra de Don Diego avanzaba hacia el altar vacío de la Virgen de la Esperanza.

Pasaste luego a instalar el estudio en las salas destartadas del Hospital de la Misericordia en la plaza de Padilla, y de allí a la espaciosa e iluminada habitación de la deshauciada Escuela Normal. Atisbando la noble fachada del Hospital Tavera, seguiste sin desmayo y sin descanso tu sendero.

Los críticos estaban confusos y suspensos. Unos decían: es violento, iracundo, en los temas a veces hiere a Toledo porque la acaricia con una mano enguantada de púas. Unos te recriminaban porque los personajes vociferan babeando y otros decía: es frenético, impulsivo, toda su pintura es un desasirse de reglas y de normas.

Tu seguías impávido en tus febriles ensoñaciones y un día colocas con esa tu letra inconfundible y tan personal en la puerta del estudio una frase tan ingenua como terminante: “La crítica es fácil, pero el arte es difícil”.

Y finalmente te cederían el torreón de la Diputación. Allí en la buhardilla, entre muebles arrinconados, cables y vigas, saldrían el “Retrato del Padre Atanasio”, “Alonso Quijano el Bueno”, “Las

lavanderas de Urda” y tantos y tantos otros.

Son muchos años de pregrinar, son muchos años de tribulaciones hasta tu instalación definitiva en el Corredorcillo de S. Bartolomé que has convertido en tu refugio taller y santuario de tu arte.

Desde la magnífica panorámica de tu jardín, contemplas las breñas grisáceas, desnudas de los riscos vecinos, y desde el fondo del foso, sube el ruido del agua despeñándose por las presas abandonadas y escuchas el romance eterno del Tajo y con voz imperceptible, musitando como una oración recitas los versos de tu amigo:

Es un canto de amor o de venganza.

Es un místico anhelo de esperanza

o un lamento de vejez y hastío.

O la amarga nostalgia de la gloria,

o la voz inaudible de la historia

y de repente, empieza a hablar el río.

Yo comprendo la carga trágica y conmovedora de tus Toledos, querido Mariano. Para tí, Toledo no es una anécdota, no ha sido en tu vida un alto en el camino, ni una posada efímera, sino un hito que lo has elevado a mito. Y vives en Toledo como vivió el Cretense, por designio divino, por eso, nunca lo trivilizas, sino al contrario lo trasciendes y lo sublimas.

Sufres con los atentados urbanísticos y te rebelas mansamente contra la ignorancia y la estupidez. De Urda serán tus genes, pero llevas a Toledo en tus entrañas, y sufres; y el palpito de tu Toledo te hace soñar y el sueño engendra pesadillas y representas a la ciudad, crucificada, agonizante, quebrantada por la perversa ambición de unos, la estulticia de otros y la pasividad de los más.

Cuando un pintor, como tú, Mariano, es un intelectual, siempre subyace en su pintura un mensaje exotérico. La técnica, el tratamiento de las telas, obedecen sin duda a un estado anímico transitorio. Las vivencias o fantasías del artista no se desbordan “casualmente”. Y brota la gran incógnita, el enigma, el misterio impenetrable del alma humana.

Mientras tus labios desgranar al hablar murmullos en voz queda, tu pincel aulla o brama, como corcel desbocado.

El hombre de costumbres morigeradas y austeras, pacífico y bondadoso, de ideales apaciguados, representa escenas de muerte, de la vida de ultratumba, bacanales y orgías macabras.

El artista de profundas convicciones religiosas, cuando se convierte en ser pictórico, su pincel es un látigo restallante, osado hasta la temeridad, vibrante y de una audacia que rota la heterodoxia.

Muchos somos y muchos vendrán que intenten descifrar el mensaje hermético y el lenguaje pictórico, metafísico de Guerrero Malagón y se originarán teorías y vendrán las leyendas, pero él mismo con su natural sencillez y sinceridad, ya nos ha dado la respuesta, la explicación de su arte, cuando en 1968 escribe su libro sobre los restos del Greco: El anhelo de cada ser viviente, lleva dentro de sí, un misterio.

He dicho.